

FELIPE PEDRELL

LA CELESTINA

TRAGICOMEDIA LÍRICA

DE

Calisto y Melibea

(TEXTO CASTELLANO DEL LIBRETTO)



BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE SALVAT Y C.ª, S. EN C.

1903


LA CELESTINA

LA CELESTINA

TRAGICOMEDIA LÍRICA

DE

CALISTO Y MELIBEA

EN CUATRO ACTOS

adaptación de la obra del mismo título de **Fernando de Rojas**

Y

MÚSICA

DE

Felipe Pedrell



BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE SALVAT Y C.ª, S. EN C.

1903

La obra maestra de nuestra literatura del siglo xv, del famoso Fernando de Rojas, acomodada á los cánones del drama lírico moderno, forma el asunto de La Celestina, *tragicomedia lírica de Calisto y Melibea.* Dentro del plan general de la trilogía dramático-lírica ideal, que me propuse escribir años há sobre cada uno de los emblemas *Patria*, *Amor*, *Fides*, mi drama lírico Los Pirineos (1) representa *Patria* y La Celestina (2) *Amor*.

Las condiciones irrepresentables, al parecer y en cierto sentido, de la obra original de Fernando de

(1) En tres actos y un prólogo, poema extractado del de igual título de D. Víctor Balaguer, partitura para piano y canto con texto catalán, traducciones italiana de D. José M.ª de Arteaga y Pereira y francesa de M. Jules Ruelle.

(2) La reducción completa para piano y canto de esta partitura contiene texto castellano y traducciones, francesa de M. Henri de Curzon é italiana del Sr. Angelo Bignotti. Las partituras citadas hállanse de venta en los establecimientos del *Sindicato musical Barcelonés Dotesio,* Puerta del Angel, 1 y 3, y Rambla de San José, 29.

Rojas, se han amoldado, perfecta y harmónicamente, á las condiciones y exigencias del drama lírico, reduciendo el inmenso plan á formas accesibles, conservando incólumes todas las líneas generales de la acción, su desarrollo y cataclismo, y respetando aquella parte escultural del lenguaje de la composición primitiva, que por modo tan extraordinario se prestaba á ser magnificada por la exaltación de la palabra cantada, de por sí ya tan subida en la palabra hablada.

En LA CELESTINA, el asunto, lo mismo que la música, son meridionales y latinos, españoles, si cabe decirlo sin rebozo; los personajes no necesitan filtros para amar: son humanos, y por humanos, no representan símbolos ni más filosofía que la antigua, siempre nueva; la pasión ardiente y avasalladora, que por conflictos humanos, trueca prontamente el placer en dolor y el amor en muerte.

Esto es todo.

Dos palabras acerca de la adaptación ó acomodamiento de la obra original á las teorías y exigencias *de forma*, literarias, del drama lírico.

Todo me lo daba hecho Fernando de Rojas, ya lo manifesté, excepto el acomodamiento á dichas formas. Por esto, cuando me vi en el caso de condensar así las palabras como la acción, utilicé fragmentos de un antiguo romance, que viene á ser un compendio en verso de LA CELESTINA, romance no tradicional ni popular, pero sí muy viejo y de gran curiosidad literaria; y cuando para producir efectos deseados, como la escena de exposición ó del deporte de caza, ó como los cuadros terceros de los actos

segundo y tercero, indicados de pasada, solamente, en la obra de Fernando de Rojas, y que por muy dramáticos entraban de lleno en mi plan, acudí á nuestro romancero general ó á la misma obra de Rojas, utilizando los paralelismos de la narración ó las reflexiones morales que de ella se desprendían y que para el desarrollo lógico de la acción se me ofrecían á manos llenas con la riqueza de detalles que es de admirar en un prosista tan poeta, y en un prosista y un poeta tan músico por lenguaje y por conceptos, como Fernando de Rojas.

A él las adivinaciones; á mí los desaciertos.

El Autor.

PERSONAJES

MELIBEA, mujer moza de alta y serenísima sangre.. . .	***Soprano.***
CELESTINA, bruja vieja y astuta.	***Mezzo-Soprano.***
LUCRECIA, doncella de *Melibea*.	***Soprano.***
ELICIA } criadas de *Celestina*.	***Soprano.***
AREUSA } criadas de *Celestina*.	***Mezzo-Soprano.***
CALISTO, joven de noble linaje.	***Tenor.***
PLEBERIO, anciano de noble estirpe, padre de *Melibea*..	***Bajo.***
SEMPRONIO } criados de *Calisto*.	***Barítono.***
PARMENO } criados de *Calisto*.	***Bajo.***
TRISTÁN, paje de *Calisto*.. . .	***Mezzo-Soprano.***
SOSIA, mozo de espuelas de id.	***Barítono.***
VERDUGO.	***Bajo.***
UN *Catarriberas* (1)	***Tenor.***
Dos voceadores de la ronda del Alguacil.	***Tenor-Bajo.***

Damas y caballeros, Halconeros, Monteros, Ojeadores, Tañedores de trompas de caza, Frailes y fieles, Guardas de la ronda del Alguacil, Vecinos del mercado, dos Pregoneros, Encapuchados, Niños de la hermandad de la Caridad, etc.

La acción en Salamanca á fines del siglo XV.

(1) Sirviente destinado á tomar los puestos y seguir los halcones para recogerlos cuando bajaban con la presa.

Acto primero

Bosque frondoso y monte al fondo. A un lado, y en primer término, la huerta de MELIBEA, cercada de arboledas, rosales, zarzales y plantas trepadoras. Al levantarse el telón, después de haberse simulado varios episodios de un deporte de caza, toques de trompas de caza que llegan de lejos, alternados con la tonada de un romance antiguo español, entonado por DAMAS y CABALLEROS, gritos, exclamaciones y palmadas de los ojeadores; aparecen en la parte cercada de la huerta de MELIBEA (ésta cogiendo rosas, y LUCRECIA, su doncella, arrayán), y como llegando del monte y bosque vecinos, CALISTO, rodeado de DAMAS y CABALLEROS, de SEMPRONIO y PARMENO y de gran tropel de catarriberas, halconeros, monteros, tañedores de trompas de caza, mozos de caballos, etc.

CALISTO, las DAMAS y los CABALLEROS cabalgan briosos corceles lujosamente ataviados. Algunos CABALLEROS provistos de redería, venablos, etc.; SEMPRONIO y los demás CABALLEROS, de ataraceados laúdes á la bandolera; las DAMAS de neblíes, sacres, borníes y otras aves de cetrería, y CALISTO de un gerifalte ó halcón mayor.

ESCENA PRIMERA

MELIBEA y LUCRECIA (en la huerta), y ocupando toda la parte restante del escenario, CALISTO, SEMPRONIO, PARMENO, DAMAS y CABALLEROS, etc.

CORO DE DAMAS Y CABALLEROS

¡Ah del monte! Buen halconero, ¡suso!, la caza á cazar.

UNA PARTE DEL CORO

¡Ah del monte!, ¡holá!

OTRA PARTE DEL CORO (de lejos)

¡Ah del monte!, ¡holá!

TODOS (al son de laúdes)

Yo me levantara, madre,
Mañanica de Sant Joan:
Vide estar una doncella
Ribericas de la mar:
Sola lava y sola tuerce,
Sola tiende en un rosal;
Mientras los paños se enjugan,
Dice la niña un cantar:
—«¿Dó los mis amores, dó los?
¿Dó los andaré á buscar?»

UNA PARTE DEL CORO

¡Ah del monte!, ¡holá!

(Levántase en este punto el telón.)

UN CATARRIBERAS (hincado de rodillas ante CALISTO)

Sabe, señor Calisto, que he hallado una garza muy hermosa y aquí junto.

CALISTO

¡Suso, vamos á volalla!

TODOS

¡Suso, suso, vamos á volalla!

(Los ojeadores espantan con voces y ruido de palmadas la garza. Remonta, y tras ella lanzan un tagarote ó halconcillo.)

CALISTO (siguiendo con la vista el vuelo de la garza)

Suelten, suelten, que ya no se divisa.

DAMAS Y CABALLEROS

Suelten neblíes, suelten sacres y borníes.

CALISTO (soltando su gerifalte)

Sube, sube, mi gerifalte de seis mudas.

DAMAS Y CABALLEROS

Sube en puntas y señorea el aire.

(La garza, perseguida, da grandes gritos.)

CALISTO

El falcón con gran codicia—no se cura de tornar.—Para habello de buscar — entraréme en esa huerta. Tú, Sempronio, cura de mi caballo. Tú, Parmeno, di á la noble comitiva que soy con ellos al punto, mientras exploran el monte vecino.

(Ábrese paso por entre la enramada y penetra en la huerta de MELIBEA. DAMAS, CABALLEROS y séquito intérnanse en el bosque.)

CALISTO

En esto veo, Melibea, el gran poder de Dios.

MELIBEA

¿En qué, Calisto?

CALISTO

En dar poder á natura que de tan perfecta hermosura te dotase, y hacer á mí inmérito tanta merced,

que verte alcanzase, y en tan conveniente lugar, que mi secreto dolor manifestarte pudiese. ¿Quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como agora el mío? Mas ¡oh triste de mí!, los santos se deleitan en la visión divina, é yo, mísero, me alegro con recelo del esquivo tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA

¿Por tan gran premio tienes esto, Calisto?

CALISTO

Téngolo por tanto, que si Dios me diese el mayor bien, no lo ternía por tanta felicidad.

MELIBEA

Pues aun más igual galardón te daré yo si perseveras.

CALISTO

¡Oh bienaventuradas orejas mías, que indignamente tan gran palabra habéis oído!

MELIBEA

Más desventuradas de que me acabes de oir, porque la paga será tan fiera cual merece tu loco atrevimiento. Vete de ahí, torpe, que no puede mi paciencia tolerar que haya cabido en corazón humano conmigo en ilícito amor comunicar su deleite.

CALISTO

Iré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel.

(Vanse MELIBEA y LUCRECIA. CALISTO sale de la huerta, yendo al encuentro de su criado y llamándole á voces.)

¡Sempronio! ¡Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

ESCENA II

CALISTO, SEMPRONIO y, á lo lejos, coro de DAMAS y CABALLEROS.

CORO DE DAMAS Y CABALLEROS (de lejos)

¡Ah del monte!, ¡holá!

(Sones lejanos de trompas de caza.)

SEMPRONIO

Aquí estoy, señor, curando deste caballo como ordenaste.

CALISTO

Pues ¿de dó venías?

SEMPRONIO

Abatióse el gerifalte y mandéle á enderezar en el alcándara.

(Declina la tarde.)

CALISTO (sentándose abatido sobre un banco rústico)

¡Venga la tristeza al triste!... ¡Oh si viniese la muerte—por mis males acabar!—Si viniese Galeno... que pudiese dar remedio—á pasión de tal penar!

SEMPRONIO

Este mal ¿qué puede estar?

CALISTO

Vete de ahí; no me hables, si no, quizá, antes de tiempo, de rabiosa muerte mis manos causarán tu arrebatado fin.

SEMPRONIO

Iré, pues solo quieres padecer tu mal.

CALISTO

¡Sempronio!

SEMPRONIO

Señor.

CALISTO

Dame acá ese laúd.

SEMPRONIO

Señor, veslo aquí.

CALISTO (acompañándose con el laúd)

¿Cuál dolor puede ser tal
que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO

Destemplado está, señor, — que el son no puede acordar.

CALISTO

¡Oh triste de mí, cuitado,—que en el mundo no hay mi par!... — Mas tómalo tú, Sempronio, y cantases un cantar,—el más triste de sonido—que se pudiese hallar.

SEMPRONIO (acompañándose)

Mira Nero de Tarpeya
A Roma cómo se ardía:
Gritos dan viejos y niños
Y él de nada se dolía...

CALISTO (interrumpiendo el cantar)

Mayor es mi fuego, y menor la piedad de quien agora digo.

SEMPRONIO (prosiguiendo el romance)

A sus pies se tiende Octavia,
Esa que ya no quería;
Cuanto más todos le ruegan,
El de nada se dolía.
(Aparte) No me engaño yo, que loco está mi amo.

CALISTO

¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMPRONIO

No digo nada.

CALISTO

Di lo que dices, no temas.

SEMPRONIO

Digo, que ¿cómo puede ser mayor el fuego que atormenta un vivo, que el que quemó tal ciudad?

CALISTO

Fuego que cien años dura—mayor se puede llamar—que lo que un día pasa,—aunque queme una ciudad.—Todo el fuego del infierno—no puede tanto quemar.

SEMPRONIO (aparte)

No basta loco, sino hereje. (Alto.) Que nunca Dios quiera tal, que especie es de herejía lo que agora dijiste.

CALISTO

¿Por qué?

SEMPRONIO

Porque lo que dices contradice la cristiana religión.

CALISTO

¿Qué me da á mí?

SEMPRONIO

¿Tú no eres cristiano?

CALISTO

¿Yo? Melibico soy, é á Melibea adoro, en Melibea creo, é á Melibea amo.

SEMPRONIO

Ya conozco tus pasiones—y aun te entiendo de sanar.

CALISTO

¿Cómo has pensado agora—de hacer esta piedad?

SEMPRONIO

Yo te lo diré. Días há que conozco una vieja que se dice Celestina, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay.

CALISTO

¿Podríala yo hablar?

SEMPRONIO

Yo te la traeré hasta acá. Por eso aparéjate; seile gracioso, seile franco; estudia, mientras voy, para le decir tu pena tan bien como ella te dará el remedio.

CALISTO

Ya tardas.

SEMPRONIO

Ya voy. Quede Dios contigo. (Vase.)

ESCENA III

CALISTO, PARMENO y, á lo lejos, coro de DAMAS y CABALLEROS.

CORO DE DAMAS Y CABALLEROS (cantando el siguiente romance viejo)

Fonte-frida, fonte-frida,—fonte-frida y con amor,
Do todas las avecicas—van tomar consolación,
Si no es la tortolica,—que está viuda y con dolor.
Por allí fuera á pasar—el traidor de ruiseñor;
Las palabras que le dice—llenas son de traición...

CALISTO (llamando)

Parmeno.

PARMENO

Señor.

CALISTO

Has de saber que ando de amores captivo. Sempronio y una reverenda persona (madre Celestina), que traerá hasta acá, convertirán mi pena en gozo.

PARMENO

¿Celestina? ¿Aquella vieja alcoholada, por ruin título conocida?... ¿Por qué, señor, te congojas? ¿Piensas que es vituperio en las orejas llamarla ruin y zorra vieja?

CALISTO

Y tú, ¿cómo lo sabes y la conoces?

PARMENO

Saberlo has. Mi madre, rogada por esta Celestina, me dió á ella por sirviente, aunque ella no me conoce por lo poco que la serví. ¿Quién podrá decir lo que esta vieja hacía?

CALISTO

Bien está. Asaz soy de ti avisado. Viene rogada, y si para Sempronio hubo jubón, para ti no faltará sayo. No pienses que tengo en menos tu consejo. En

tal diferencia serás conmigo en respeto á Sempronio, que por amigo á ti me concedo.

PARMENO

¿Cuándo me viste, señor, envidiar, ó por ningún interese ni resabio tu provecho estorcer?

CALISTO

No te escandalices. Tus costumbres y gentil crianza, en mis ojos, ante todos los que me sirven están. Mas como en caso tan arduo, de todo mi bien y vida penden, es necesario proveer, proveo á los acontecimientos. Y no más. Vienen á me ver la salud. ¡Oh Parmeno! Ya la veo: sano soy.

ESCENA IV

CALISTO, CELESTINA, SEMPRONIO y PARMENO.

SEMPRONIO (aparte á Celestina)

¡Calisto y Parmeno juntos!

CELESTINA (aparte á Sempronio)

Déjame tú á Parmeno, que yo te lo haré uno de nos. Haz que no lo oyes. Escucha y déjame hablar lo que á ti y á mí conviene.

SEMPRONIO (aparte á Celestina)

Habla.

CELESTINA (aparte á Sempronio, fingiendo lo que dice para que lo oigan Calisto y Parmeno)

No me congojes, Sempronio. Así sientes la pena de tu amo, que parece que tú eres él y él tú, y que los tormentos son en un mismo sujeto. Cree que yo no vine acá por dejar este pleito indeciso: él alcanzará su intento ó moriré en la demanda.

CALISTO (á Parmeno)

Parmeno, amigo, escucha qué hablan éstos. ¡Oh notable mujer! ¡Oh fiel y verdadero Sempronio! ¿Oiste, Parmeno, rincón de mi secreto y ánima mía? (Anochece.)

PARMENO (con noble indignación)

Protestando mi inocencia, hablaré. Óyeme, y el afecto no te ensorde, ni la esperanza del deleite te ciegue. Témplate y no te apresures. Parlan éstos lo que fingidamente han dicho, en cuyas falsas palabras pones el fin de tu deseo.

SEMPRONIO (aparte á Celestina)

Celestina, ruinmente suena lo que dice Parmeno.

CELESTINA (aparte á Sempronio)

Démosle parte y yo te lo traeré manso y benigno. Ganemos todos, partamos todos, holguemos todos.

CALISTO

¡Sempronio!

SEMPRONIO

Señor.

CALISTO

¿Qué dice la llave de mi vida? Deseo llegar á ella codicioso de besar las sus manos llenas de remedio.. (A Celestina.) Ya te habrá dicho Sempronio la causa de mi triste penar.

CELESTINA (aparte á Sempronio)

Dile á ese necio que cierre la boca y comience á abrir la bolsa.

PARMENO

¡Guay de orejas que tal oyen! Perdido es quien tras perdido anda. ¡Oh Calisto desventurado, abatido, ciego! ¡Y en tierra está adorando á la que refregó sus espaldas en todos los burdeles!

CELESTINA (á Calisto, que de rodillas le besa la mano)

No te mates, caballero,—pues yo te he de remediar; — yo iré presto á Melibea — para tu mal le contar. (Aparte á Sempronio.) ¿Los huesos que yo roí— piensa de darme á comer?

CALISTO (á Sempronio)

¿Qué decía la madre? ¿Pensaba que le ofrecía palabras por excusar galardón?

SEMPRONIO (á Calisto)

Así lo sentí.

CALISTO

Pues yo sanaré su duda.

(Calisto se aleja unos pasos; saca y cuenta dinero de la escarcela. Sempronio le sigue con ojos codiciosos.)

CELESTINA (aparte á Parmeno)

Llégate acá, loquillo, que no sabes nada del mundo y sus deleites.

PARMENO

Amo á Calisto; véole perdido y no lo puedo sufrir; dígolo y lloro.

CELESTINA

Él es enfermo por acto, y el poder ser sano es en mano desta flaca vieja...

PARMENO

Mas desta flaca zorra vieja... ¡Cómo te conozco!...

CELESTINA

¿Quién eres tú?

PARMENO

¿Quién? Parmeno.

CELESTINA

¡Jesú, Jesú! ¿Hijo de Claudina?

PARMENO

A la hé yo.

CELESTINA

Pues fuego malo te queme, que tan ruin vieja era tu madre como yo. ¿Por qué me persigues, Parmenico? Caso es ofrecido, como sabes, en que todos medremos. ¡Oh si quisieses tú, Parmeno, qué vida gozaríamos! Sempronio ama á Elicia, prima de Areusa...

PARMENO

¿Conoces tú á Areusa? ¡Maravillosa cosa es!

CELESTINA

Pues tu buena dicha quiere, aquí está quien te la dará.

CALISTO (á Celestina dándole cien doblones)

¡Oh salud de mi pasión! Recibe la dádiva pobre de aquel que con ella la vida te ofrece.

CELESTINA

A tu magnífico dar aventaja la gracia y forma de tu liberalidad. La presta dádiva ha doblado su efecto. El atrevimiento de un solo hombre ganó á Troya. No desconfíes que una mujer pueda ganar á otra.

PARMENO (aparte á Sempronio)

¿Qué le dió, Sempronio?

SEMPRONIO

Cien monedas de oro. ¿Habló contigo la madre?

PARMENO

Calla, que sí.

SEMPRONIO

Pues ¿cómo estamos?

PARMENO

Como quisieres, aunque estó espantado.

SEMPRONIO

Pues calla, que yo te haré espantar dos tanto.

CALISTO

Ve agora, madre, y consuela tu casa. Mañana ven y consuela la mía. (A Sempronio y á Parmeno.) Acompañad esta señora hasta su casa.

CELESTINA

Quede Dios contigo.

(Ha anochecido por completo. Efecto de noche clara y estrellada.)

CALISTO

Y él te guarde.

(Vanse Celestina, Sempronio y Parmeno. Éste, antes de partir, acerca el caballo á Calisto, le ofrece las riendas y le ayuda á montar. Calisto sale al encuentro de la comitiva de cazadores, que se acerca poco á poco, precedida de monteros y peatones, alumbrando con sendas antorchas y teas en la mano)

ESCENA V

CALISTO, DAMAS y CABALLEROS y séquito (acercándose)

DAMAS Y CABALLEROS

¡Ah del monte!, ¡holá! La noche cierra: hora es ya de reposar. Buena caza hemos fallado que traer. ¡Suso!, buen halconero, ¡sus!, monteros, id á enderezar en las alcándaras los sacres y neblíes vencedores.

(En escena.)

¡Oh Calisto!, ¡oh Calisto! Si en huertas de Melibea perdido has tu halcón, ¿qué maravillas Dios te quiso mostrar?

CALISTO

Tales que no las puedo estimar.

TODOS

Amor, quien de tus placeres
y deleites se enamora,
á la fin cuitado llora...

(Dirigiéndose hacia la ciudad)

¡Velá, veladores de la ciudad! ¡Abrid las puertas! ¡Guarte, guarte, cazador!

Acto segundo

CUADRO PRIMERO

Estancia en casa de CALISTO, con ventanas que dan á la calle.

ESCENA PRIMERA

PARMENO, luego SEMPRONIO

PARMENO (entrando, muy receloso)

Bien me decía la astuta vieja, que de ninguna prosperidad es buena la posesión sin compañía. No comunicado, el placer no es placer. Sempronio llega.

SEMPRONIO

Parmeno, si yo supiese aquella tierra donde se gana el sueldo durmiendo, mucho haría por ir allá. ¿Cómo, holgazán, descuidado fuéste para no tornar?

PARMENO

¡Oh, Sempronio! Por Dios, no corrompas mi placer. Contarte hé maravillas de mi andanza pasada.

SEMPRONIO

Dílo, dílo; ¿es algo de Melibea? ¿Hásla visto?

PARMENO

¡Qué de Melibea! Es de otra que yo más quiero, de mi bella Areusa, y aun tal que puede vivir con ella en gracia y hermosura.

SEMPRONIO

¿Qué es esto, desvariado? Reirme quería... Ya todos amamos: Calisto á Melibea, yo á Elicia; tú, de envidia has buscado con quién perder ese seso que tienes. Pero, por Dios, ¿conoces tú á Areusa, su prima de Elicia?

PARMENO

Pues ¿qué es todo el placer que traigo sino haber tanta gloria alcanzado?

SEMPRONIO

La vieja anda por ahí.

PARMENO

¿En qué lo ves?

SEMPRONIO

Que ella me había dicho que te quería mucho y que te la haría haber. ¿Qué te cuesta? ¿Hásle dado algo?

PARMENO

No, cierto. A cenar la convidé para casa de Celestina, y si te place iremos todos allá.

SEMPRONIO

¿Quién, Parmeno?

PARMENO

Tú y ella, y allá está la vieja y Elicia: habremos placer.

SEMPRONIO

¡Oh Dios! Todo el enojo que tenía de tus pasadas hablas con Calisto, impidiendo tu provecho, el mío y el de Celestina, se me ha tornado en amor. No dudo ya tu confederación con nosotros ser la que debe. Comamos y holguemos, que nuestro amo ayunará por todos...

PARMENO

¿Y qué hace el desesperado?

SEMPRONIO

Allí está tendido en el estrado cabe la cama, donde le dejaste anoche: que no ha dormido ni está despierto. Si allí entro, dormita; si me salgo, canta ó devanea.

CALISTO (dentro)

En gran peligro me veo;
En mi muerte no hay tardanza:
Pues que me pide el deseo
Lo que me niega esperanza.

PARMENO

Trovando nuestro amo!

SEMPRONIO

¡Y qué trovador! El gran Antípater sidonio, el gran poeta Ovidio...

PARMENO

Sí, sí, de esos es. Trovará el diablo.

CALISTO (dentro)

Corazón, bien se te emplea
Que penes y vivas triste,
Pues tan presto te venciste
Del amor de Melibea.

PARMENO

¿No digo yo que trova?

ESCENA II

CALISTO y dichos.

CALISTO (llamando desde dentro)

¿Quién habla en la sala? ¡Mozos!

PARMENO

Señor.

CALISTO (saliendo)

¿Es muy de noche?, ¿es hora de acostar?

PARMENO

Mas ya es, señor, tarde para levantar.

CALISTO

¿Qué dices, loco? ¿Toda la noche es pasada?

PARMENO

Y aun harta parte del día.

CALISTO (á SEMPRONIO)

Dí, Sempronio, ¿miente ese desvariado?

SEMPRONIO

Olvida, señor, un poco á Melibea, y verás la claridad. Da alivio al corazón, que en poco espacio de tiempo no cabe gran bienaventuranza.

PARMENO (asomándose á una ventana)

¡Señor, señor! ¡A Celestina veo venir cerca de casa!

CALISTO

¡Oh, desvariado, negligente! Vesla venir, ¿y no puedes, corriendo, bajar á abrir la puerta? (PARMENO baja á abrir la puerta á CELESTINA.) ¡Oh, alto Dios! ¿Conque viene?, ¿qué nuevas trae? ¡Oh mis tristes oídos! ¡Aparejaos á lo que os viniere, que en su boca de Celestina está agora aposentado el alivio ó pena de mi corazón!

ESCENA III

CELESTINA y dichos

CALISTO

¿Qué dices, señora y madre?

CELESTINA

¡Oh mi señor Calisto! ¿Con qué pagarás á la vieja, que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio? ¿Cómo vuelvo viva, aunque mi vida diera por menos precio que agora este manto raído y viejo?

PARMENO (aparte á SEMPRONIO)

Todo para ella, y no nada de que pueda dar parte.

SEMPRONIO

Calla, que nos matará Calisto si nos oye.

CALISTO

Madre, ó abrevia tu razón, ó toma esta espada y mátame.

PARMENO (aparte)

¡Luto habremos de medrar destos amores!

CELESTINA

¿Espada, señor? Espada mala mate á tus enemigos, que yo la vida te quiero dar con la buena esperanza que traigo de aquella que tú amas.

CALISTO

¿Buena esperanza?

CELESTINA

Buena, pues queda abierta la puerta para mi tornada.

CALISTO

Dime, por Dios, señora, ¿qué hacía? ¿cómo entraste? ¿qué tenía vestido? ¿qué cara te mostró?

CELESTINA

Aquella cara, señor, que suelen los bravos toros mostrar contra los que lanzan las agudas garrochas en el coso.

CALISTO

¿Y á éstas llamas señales de salud? Pues, ¿cuáles serían mortales?

SEMPRONIO (aparte á PARMENO)

Estos son los fieros pasados de nuestro amo.

PARMENO (aparte á SEMPRONIO)

¡Y que calle yo, Sempronio! Pues si nuestro amo te oye, te castigará á ti como á mí.

CALISTO

¿Qué es esto, mozos? ¡Estoy yo escuchando atento que me va la vida, y vosotros susurráis, como soléis, por hacerme enojo! ¡Por mi amor, que calléis! Di, señora, ¿qué hiciste si la viste sola?

CELESTINA

Todo su rigor traigo convertido en miel: su ira en mansedumbre: su aceleramiento en sosiego. Dije que tu pena era mal de ijares, y que la palabra que de ella quería era una oración para tu mal aplacar.

CALISTO

¡Oh maravillosa astucia! ¡Oh melecina presta!

CELESTINA

Señor, no atajes mis razones; déjame decir. Respondió á la demanda de la oración que la daría de su grado.

CALISTO

Dios mío, ¡qué alto don!

CELESTINA

Pues más le pedí.

CALISTO

¿Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA

Un cordón que ella trae contino ceñido, diciendo que era provechoso para tu mal, porque había tocado muchas reliquias.

CALISTO

Pues, ¿qué dijo?

CELESTINA

Dame albricias, y decírtelo hé.

CALISTO

¡Oh!, por Dios, toma toda esta casa y dímelo, ó pide todo lo que querrás.

CELESTINA

Por un manto que tú des á la vieja, te dará en tus manos el mismo cordón que en su cuerpo ella traía.

CALISTO

¿Qué dices de manto? Manto y saya y cuanto yo tengo. Corre, Parmeno, presto, llama á mi sastre y corte luego un manto y una saya.

PARMENO (refunfuñando)

Así, así; á la vieja todo.

CALISTO

¿Qué vas, bellaco, rezando? También habrá para ti sayo. Ve presto...

PARMENO

Es tarde para que venga el sastre.

CALISTO

Pues quédese para mañana. Y tú, señora, mándame mostrar aquel santo cordón que tales miembros fué digno de ceñir. (Celestina le entrega el ceñidero.) ¡Oh mi gloria, ceñidero de aquella angelical criatura! Yo te veo y no lo creo. ¿Fuísteme tú enemigo? Dilo cierto. Si lo fuiste, yo te perdono. Si fueras contrario, no vinieras

tan presto á mi poder. Conjúrote me respondas, por la virtud del gran poder que aquella señora sobre mí tiene.

CELESTINA (á Calisto)

Cesa ya, señor, ese devanear...

CALISTO (sin escucharle)

¡Oh mezquino de mí, que asaz bien me fuera del cielo otorgado, que de mis brazos fueras hecho y tejido y no de seda, porque ellos gozaran cada día de rodear aquellos miembros que tú, sin sentir ni gozar, siempre tienes abrazados! ¡Oh qué secretos habrás visto de aquella excelente imagen!

CELESTINA

Más verás, y con más sentido, si no lo pierdes hablando como hablas.

SEMPRONIO (á Calisto)

Mucho hablando matas á ti y á los que oyen.

PARMENO (á Calisto)

Perderás la vida y el seso si no abrevias tus razones.

CALISTO

¿Enójote, madre, con mi luenga razón? Déjame salir por las calles con esta joya, porque los que me vieren, sepan que no hay más bien andante hombre que yo. ¿Y la oración?

CELESTINA

No se me dió por la brevedad del tiempo; pero

quedó que si tu pena no aflojase, que tornase presto por ella.

CALISTO

¿Aflojar? Entonces aflojará mi pena cuando su crueldad.

CELESTINA

Calla ya, no te fatigues. Dame licencia, que es muy tarde, y déjame llevar el cordón, porque tengo dél necesidad.

CALISTO

¡Oh desconsolado de mí! La fortuna adversa me sigue junta. Pues no hay bien cumplido en esta vida... (devuelve el cordón, besándolo) venga entera la soledad.

CELESTINA

Quede Dios contigo; mañana será mi vuelta, donde mi manto y la respuesta vernán en un punto, y súfrete, señor, y piensa en otras cosas.

CALISTO

Eso no, que es herejía olvidar aquella por quien la vida me aplace. (Suenan las campanas de la iglesia de la Magdalena.) Tañen á vísperas, Sempronio. Daca mis ropas: iré á la Magdalena; rogaré á Dios enderece á Celestina y ponga en corazón á Melibea mi remedio, ó dé fin en breve á mis tristes días.

(Váse por la puerta del estrado, acompañado de Sempronio.)

ESCENA IV

CELESTINA y PARMENO y, á poco, LUCRECIA

PARMENO (oyendo llamar á la puerta asómase por la ventana)

Madre, á la puerta llaman.

CELESTINA

Mira, hijo, quién es.

PARMENO

O me engaño ó es Lucrecia.

CELESTINA

Ábrela, y entre ella, y buenos años, que por ventura llega quien acreciente y allegue el solaz.

LUCRECIA

Dios os bendiga.

CELESTINA

Hija Lucrecia, ¿diríasme á qué fué agora tu buena venida?

LUCRECIA

Mi venida, señora, es lo que tú sabrás: pedirte el ceñidero. Demás desto, pues no te hallé en casa, te ruega mi señora sea de ti visitada, y muy presto, porque se siente muy fatigada de desmayos y dolor de corazón.

CELESTINA

Maravillada soy, sentirse del corazón mujer tan moza.

LUCRECIA (aparte)

Así te arrastren, traidora, como tú no sabes qué es.

CELESTINA

Destos dolorcillos de moza, más es el ruido que las nueces.

LUCRECIA

Madre, vamos presto. Me des el cordón.

CELESTINA

Vamos, que yo le llevo.

(Vánse. Parmeno entra en el estrado de Calisto.)

CUADRO SEGUNDO

Estrado en casa de MELIBEA.

ESCENA V

MELIBEA sola, y después CELESTINA y LUCRECIA.

MELIBEA

¡Oh lastimada de mí! ¡Oh mal proveída doncella! ¿Y no me fuera mejor conceder su petición y demanda ayer á Celestina, cuando de parte de aquel señor, cuya vista me captivó, me fué rogado, y contentarle á él, y sanar á mí, que no venir por fuerza á descubrille mi llaga, cuando no me sea agradecido? ¡Cuánta más ventaja tuviera mi prometimiento rogado que mi ofrecimiento forzoso! ¡Oh mi fiel criada Lucrecia! ¿Qué dirás de mí? ¿Habrás barruntado de donde proceda mi do-

lor? ¡Oh si ya vinieses con aquella mediadora de mi salud! ¡Oh soberano Dios! Da á mi herido corazón sufrimiento y paciencia con que mi terrible pasión pueda disimular. Pero, ¿cómo lo podré hacer, lastimándome tan cruelmente el ponzoñoso bocado, que la vista de su presencia de aquel caballero me dió? ¿Por qué no fué á las hembras concedido poder descubrir su congojoso y ardiente amor? Que ni Calisto viviera quejoso, ni yo penada.

LUCRECIA (deteniéndose en la puerta del estrado)

Tía, detente un poquito cabe esta puerta: entraré á ver con quién está hablando mi señora. (Pausa.) Entra, entra, que consigo lo ha.

MELIBEA

Lucrecia, echa esa antepuerta. ¡Vieja sabia y honrada! Tú seas bien venida. Ha querido mi dicha que yo tuviese de tu saber necesidad, para que tan presto me hubieses de pagar en la mesma moneda el beneficio que por ti me fué demandado, para ese hijodalgo que curabas complaciente con la virtud de mi cordón.

CELESTINA

¿Qué es, señora, tu mal?

MELIBEA

Que comen este corazón serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA (aparte)

Bien está: así lo quería yo.

MELIBEA

¿Has sentido en verme alguna causa de donde mi mal proceda?

CELESTINA

No me has, señora, declarado la calidad del mal ¿y quieres que adivine la causa? Recibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

MELIBEA

Alégramela tú.

CELESTINA

Cumple que al médico, como al confesor, se hable toda verdad abiertamente.

MELIBEA

Mi mal es de corazón. La causa ó pensamiento no sabré decirte, ni otra cosa puedo sentir que fuese, salvo alteración que tú me causaste con la demanda de aquel gentil caballero, cuando me pediste la oración.

CELESTINA

Véote, señora, por una parte quejar del dolor, por otra temer la melecina. Tu dolor me pone miedo, el miedo silencio, el silencio tregua entre tu llaga y mi melecina.

MELIBEA

¡Oh, cómo me muero con tu dilatar! Haz lo que su-

pieres, agora tu remedio toque en mi honra, agora dañe mi fama, agora lastime mi cuerpo.

LUCRECIA (aparte)

El seso tiene perdido mi señora.

CELESTINA (aparte)

Nunca me ha de faltar un diablo acá y allá (Alto.) Es muy necesario para tu salud que no esté persona delante: tú, hija Lucrecia, perdona.

MELIBEA

Salte fuera, presto.

LUCRECIA

Ya me salgo, señora. (Aparte.) ¡Todo es perdido! (Vase.)

CELESTINA

Con tu sospecha has ya tragado alguna parte de mi cura: todavía es necesario traer más clara melecina de casa de aquel caballero Calisto.

MELIBEA

Calla, por Dios; no traigas de su casa cosa para mi provecho, ni le nombres aquí.

CELESTINA

Sufre, señora. Ten paciencia: un clavo con otro se expele, y un dolor con otro. No consientas á tu lengua

decir mal de persona como Calisto, que si conocido fuese...

MELIBEA

¡Oh, por Dios, que me matas! ¿Y no te tengo dicho que no me alabes á ese hombre?

CELESTINA

Si tú con tu mal sufrimiento no consientes, poco aprovechará mi venida. Si como prometiste lo sufres, tú quedarás sana y sin deuda, y Calisto sin queja y pagado.

MELIBEA (agitadísima)

¿De qué ha de quedar pagado?, ¿qué le debo yo á él?, ¿qué le soy en cargo?, ¿qué ha hecho por mí?, ¿qué necesario es él aquí para el propósito de mi mal? Rasga mis carnes: saca mi corazón, pero no me alabes á ese hombre.

CELESTINA

Sin te romper las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor...

MELIBEA

¿Cómo dices que llaman á este mi dolor?

CELESTINA

Amor dulce.

MELIBEA

Esto me declara lo qué es, que en sólo oirlo me alegra.

CELESTINA

Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

MELIBEA

¡Ay, mezquina de mí! Que si verdad es tu relación, dudosa será mi salud, porque según la contrariedad que estos nombres entre sí muestran, lo que al uno fuere provechoso, acarreará al otro más pasión.

CELESTINA

No desconfíe, señora, tu noble juventud. Cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envía el remedio; mayormente que sé yo en el mundo nacida una flor, que de todo esto te dé libre.

MELIBEA

¿Cómo se llama?

CELESTINA

No te lo oso decir.

MELIBEA

Di, no temas.

CELESTINA

Calisto. (Al oir pronunciar el nombre de Calisto, Melibea se desmaya.) ¡Oh, por Dios, señora Melibea! ¿Qué poco esfuerzo es éste? ¿Qué descaecimiento? Alza la cabeza.

¡Oh, mezquina yo! Si muere, matarme han: aunque viva, seré sentida. ¡Señora mía Melibea!, ¡ángel mío!, ¿qué has sentido? Abre tus claros ojos. (Llamando.) ¡Lucrecia!, ¡Lucrecia! Entra presto. (Acude Lucrecia.) Verás amortecida á tu señora entre mis manos; baja presto por un jarro de agua.

MELIBEA

Paso, paso, que yo me esforzaré: no escandalices la casa.

CELESTINA

No te descaezcas: háblame.

MELIBEA

Y muy mejor.

CELESTINA

¿Qué ha sido este tu sentimiento?

MELIBEA

¡Quebróse mi honestidad, mi buena maestra! Venida soy en tu querer. En mi cordón le llevaste envuelta á aquel gentil caballero la posesión de mi libertad.

CELESTINA

Declara tu voluntad: yo daré forma cómo tu deseo y el de Calisto sean en breve cumplidos.

MELIBEA

¡Oh, mi Calisto y mi señor! ¡Mi dulce y suave ale-

gría! Si tu corazón siente lo que agora el mío, maravillada estoy cómo la ausencia te consiente vivir. ¡Oh, mi madre y mi señora! Haz de manera como luego le pueda ver, si mi vida quieres.

CELESTINA

Ver y hablar.

MELIBEA

Hablar es imposible.

CELESTINA

Ninguna cosa á los hombres que quieren hacerla es imposible.

MELIBEA

Dime cómo.

CELESTINA

Por entre las rejas de tu casa.

MELIBEA

¿Cuándo?

CELESTINA

Esta noche.

MELIBEA

Gloriosa me serás si lo ordenas. Di á qué hora.

CELESTINA

A las doce.

MELIBEA

Pues ve, mi señora, y habla con aquel señor y que venga muy paso.

CELESTINA

Adiós. (Váse.)

MELIBEA

Amiga Lucrecia, mi fiel criada, ya has visto cómo no ha sido más en mi mano. Captivóme el amor de aquel caballero: ruégote, por Dios, se cubra con secreto sello, porque yo goce de tan suave amor.

CUADRO TERCERO

Plaza. En el fondo el atrio y parte del claustro de la iglesia de la Magdalena. En el momento que señala la acotación, empezará á recorrer el claustro una procesión de rogativas, formada de frailes, fieles y porta-estandartes, acompañando imágenes de santos. Gran multitud de gentes entrando y saliendo por la puerta de la iglesia y discurriendo por el claustro. En la escalinata de la iglesia buen golpe de lisiados, ciegos y pordioseros pidiendo limosna.

ESCENA VI

CALISTO, SEMPRONIO, PARMENO y después CELESTINA.

(El órgano suena un interludio. Sempronio y Parmeno entran en la iglesia en busca de Calisto. Terminado el breve interludio vuelven á salir acompañando á su amo.)

SEMPRONIO (increpando á Calisto)

Señor, huye de ser traído en lenguas; al muy devoto las gentes llaman hipócrita. ¿Qué dirán si no que

andas royendo los santos? Si pasión tienes, súfrela en tu casa.

CELESTINA (asomando por una callejuela)

A Parmeno y á Sempronio veo salir de la Magdalena, y tras ellos á Calisto. (Saliéndoles al encuentro, fingiéndose sofocada por el cansancio.) Toda la calle del Arcediano vengo á más andar con mi alegría á cuestas.

CALISTO

¡Oh joya del mundo! ¿Qué nuevas traes? ¿En qué está mi vida?

CELESTINA

En mi lengua.

CALISTO

¿Qué dices, gloria y descanso mío?

CELESTINA

Todo este día, señor, he trabajado en tu negocio, y he dejado perder otros en que harto me iba. Óyeme. A Melibea dejo á tu servicio.

CALISTO

¿Qué es esto que oigo?

CELESTINA

Que es más tuya que de sí misma.

CALISTO

Habla cortés, madre, no digas tal cosa, que dirán

estos mozos que estás loca. Melibea es mi señora; Melibea es mi deseo; Melibea es mi vida; yo su captivo, yo su siervo.

SEMPRONIO

A todo el mundo turbas diciendo desconciertos. ¿De qué te santiguas? Dale algo por su trabajo, harás mejor, que esto espera.

CALISTO

Bien has dicho. En lugar de manto y saya, toma esta cadenilla: ponla al cuello, y procede en tu razón y mi alegría.

PARMENO (á Sempronio)

¡Cadenilla la llama! No diese mi parte por medio marco de oro, por mal que la vieja reparta.

SEMPRONIO

Que oigas y calles, Parmeno.

CELESTINA

En pago de tu don, te restituyo tu salud. Melibea es más tuya que de sí misma.

CALISTO

Mozos, ¿estoy yo aquí? Mozos, ¿oigo yo esto? ¿Es de día ó de noche?

CELESTINA

Dando el reloj las doce, á le hablar por entre las rejas.

(Las campanas al vuelo anuncian, al llegar á este punto, la salida de la procesión, que al son del órgano, de las voces de recitantes de preces litúrgicas y del coro da, pausadamente, una vuelta por el claustro.)

CALISTO

Muerto soy de aquí allá; no soy capaz de tanta gloria.

RECITANTES

Kyrie eleison.

CORO

Christe eleison.
Kyrie eleison.

RECITANTES

Christe, audi nos.

CORO

Christe, exaudi nos.

CALISTO

Cata, señora, ¿qué me dices?, ¡que verná de su grado!

CELESTINA

Y aun de rodillas.

SEMPRONIO

Cata, madre, que esto es hechizo.

PARMENO

Mucha sospecha me pone el presto conceder de aquella señora.

CALISTO

Callad, locos: los ángeles no saben hacer mal.

SEMPRONIO (aparte)

¡Todavía á tus herejías!

CELESTINA

Señor, tú estás en lo cierto: vosotros cargados de sospechas. Alegre te dejo. Si fuese menester para más, estoy aparejada.

CORO

Propitius esto. Parce nobis Domine.

CELESTINA (aparte)

En hora buena no me faltó mi conjuro. Bien sé á quien digo, ce, hermano, que nada se perdió.

(Mientras pronuncia estas palabras haciendo signos de maleficio con las manos, canta el coro otro versículo de la Letanía.)

CORO

Propitius esto. Exaudi nos Domine.

PARMENO (contemplando á Celestina que, apretando la cadenilla sobre el pecho, corre hacia su casa.)

¡Hi, hi, hi!

SEMPRONIO

¿De qué te ríes?

PARMENO

De la priesa que la vieja tiene por irse con su cadenilla...

SEMPRONIO

¿Qué quieres que haga una zorra vieja si no ponerse en salvo con la posesión?

CALISTO (aparte)

¡Melibea es más mía que de sí misma!

RECITANTES

Ab omni malo.

CORO

Libera nos, Domine.

CALISTO

En Melibea adoro, en Melibea creo é á Melibea amo.

SEMPRONIO (aparte)

¡Guárdese del diablo, que sobre el partir no le saquemos el alma! ¡Guay de ti!, ¡guay de ti!

PARMENO (aparte)

¡Luto habremos de medrar destos amores!

Acto tercero

CUADRO PRIMERO

Al fondo dos callejuelas practicables que desembocan en una plazuela. A la derecha de ésta, parte de la fachada de la casa de Pleberio, compuesta de un gran portalón y dos rejas á ras del suelo y en primer término. Una de ellas adosada al portalón, la otra cerca del espectador. Es de noche. Ante el retablo de una de las callejuelas arde un farolillo.

ESCENA PRIMERA

CALISTO, SEMPRONIO y PARMENO, armados de corazas, etc., como indica el texto. Acércanse cautelosamente desde el fondo de una de las callejuelas. MELIBEA y LUCRECIA tras de las rejas (LUCRECIA en la que está adosada al portalón; MELIBEA en la que está próxima al espectador), asomándose ó retirándose momentáneamente y abriendo ó cerrando las puertas interiores de las mismas, aguardando la llegada de CALISTO.

CALISTO

Mira tú, Sempronio, si parece alguno por la calle.

SEMPRONIO

Señor, ninguna gente parece.

CALISTO

Pues andemos. (Dan las doce en el reloj de un campanario lejano.) Las doce dan ya: buena hora es.

PARMENO

Cerca estamos.

CALISTO

Párate tú, Parmeno, á ver si es venida aquella señora por entre las rejas.

PARMENO

¿Yo, señor? Nunca Dios mande que sea en dañar lo que no concerté; mejor será que tu presencia sea su primer encuentro, porque viéndome á mí no se turbe de ver que de tantos es sabido lo que tan ocultamente querría hacer...

CALISTO

¡Oh qué bien has dicho! Yo me llego allá; quedaos vosotros.

PARMENO (aparte á Sempronio)

¿Qué te parece, Sempronio, cómo el necio de nuestro amo pensaba tomarme por broquel para el encuentro del primer peligro?

SEMPRONIO

Paso, paso, no saltes así de placer... Apercíbete, á la primera voz, á tomar calzas de Villadiego.

PARMENO (escudriñando)

Dios nos libre de traidores. No nos hayan tomado la calle por donde tenemos de huir...

CALISTO (escuchando cabe las rejas)

Este bullicio más de una persona lo hace: quiero hablar, sea quien fuere. Ce, ce, ¿señora mía?

LUCRECIA (desde la segunda reja)

La voz de Calisto es ésta. ¿Quién habla?

CALISTO

Aquel que viene á cumplir tu mandado.

LUCRECIA (aparte á Melibea)

¿Por qué no llegas, señora? Llega sin temor.

MELIBEA (á Lucrecia)

Habla paso; mira bien si es él.

LUCRECIA

Allégate; sí es.

Se retira. Durante esta escena asómase alguna vez por la reja adosada al portalón.)

CALISTO (aparte)

Cierto soy burlado: no era Melibea la que me habló. Bullicio oigo: perdido soy. Viva ó muera, no me he de ir de aquí.

MELIBEA (llamando desde la primera reja)

Ce, señor, ¿cómo es tu nombre? ¿Quién te mandó venir?

CALISTO

La que tiene merecimiento de mandar á todo el mundo... El dulce sonido de tu habla me certifica ser tú mi señora Melibea; yo soy tu siervo Calisto.

MELIBEA

La osadía de tus mensajes me ha forzado á haberte de hablar, y á esto aquí fuí venida, á dar concierto en tu despedida y mi reposo. No quieras poner mi fama en la balanza de las lenguas maldicientes.

CALISTO

¡Oh, engañosa mujer Celestina! ¿Por qué falsaste la palabra desta mi señora? ¿A qué me mandaste aquí venir para que me fuere mostrado el disfavor, el entredicho, la desconfianza, el odio por la misma boca desta que tiene las llaves de mi perdición y gloria?

MELIBEA

Cesen, señor mío, tus querellas, que ni mi corazón basta para las sufrir, ni mis ojos para lo disimular. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel: yo lloro de placer, viéndote tan fiel. ¡Oh, mi señor y mi bien todo! ¡Cuánto más alegre me fuera poder ver tu faz que oir tu voz! Todo lo que te dijo aquella solícita mensajera confirmo: todo lo hé por bueno. Limpia, señor, tus ojos; ordena de mí á tu voluntad.

CALISTO

¡Oh, señora mía! ¡Esperanza de mi gloria, alivio de mi pena!... Me estoy remirando si soy yo Calisto á quien tanto bien se hace...

MELIBEA

¡Señor Calisto! Las rejas impiden nuestro gozo: yo

las maldigo, y sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerzas, que ni tú estarías quejoso ni yo descontenta.

CALISTO

¿Cómo, señora mía, y mandas tú que consienta á un hierro impedir nuestro gozo? Nunca yo pensé que demás de tu voluntad, lo pudiera cosa estorbar. ¡Oh molestas y enojosas rejas! Por Dios, señora mía, permite que llame á mis criados para que las quiebren.

PARMENO (aparte á SEMPRONIO)

¿No oyes, no oyes, Sempronio? A buscarnos quiere venir para que nos den mal año. No me agrada cosa esta venida: no espero más aquí.

SEMPRONIO (aparte)

Calla, calla, escucha, que ella no consiente.

MELIBEA

¿Quieres, amor mío, perderme á mí y dañar mi fama? No sueltes las riendas á la voluntad: la esperanza es cierta, el tiempo breve á cuanto tú ordenares. Y pues tú sientes tu pena sencilla y yo la de entrambos: tú sólo tu dolor, y yo el tuyo y el mío, conténtate con venir mañana á esta hora por las paredes de mi huerto: que si ahora quebrases las crueles rejas, amanecería terrible sospecha de mi yerro.

SEMPRONIO (aparte á Parmeno)

Enhoramala acá esta noche venimos; aquí nos ha de

amanecer, según el espacio con que nuestro amo lo toma.

PARMENO (aparte á Sempronio)

Ya há dos horas que te requiero que nos vamos.

CALISTO

¡Oh, mi señora y mi bien todo! ¿Por qué llamas yerro aquello que por los santos de Dios me fué concedido?

PARMENO (aparte)

Desvarías, Calisto, desvarías. Por fe tengo (aparte á Sempronio) que no debe ser cristiano. Lo que la vieja traidora con sus hechizos ha hecho, dice que los santos de Dios se lo han concedido, y con esta confianza quiere quebrar las rejas sin pensar que los criados de Pleberio duermen cerca.

SEMPRONIO (aparte á Parmeno)

No temas, Parmeno, que harto desviados estamos; y en sintiendo bullicio, el buen huir nos ha de valer. Déjale hacer, que si mal hace, él lo págará.

PARMENO

¡Oh, si me vieses, hermano, cómo estoy, placer habrías! A medio lado, abiertas las piernas, el pie izquierdo adelante en huída: las haldas en cinta, la adarga arrollada: que por Dios creo que fuese como un gamo, según el temor tengo de estar aquí.

SEMPRONIO

Mejor estoy yo, que tengo liado el broquel y el es-

pada con las correas porque no se caiga al correr, y el casquete en la capilla.

ESCENA II

(Dichos y gentes de la ronda del Alguacil que atraviesan por el fondo de la callejuela de la izquierda, precedidos de dos voceadores cantando.)

VOCEADOR PRIMERO

¡Abrid paso!

VOCEADOR SEGUNDO

¡Paso á la justicia!

VOCEADOR PRIMERO

Buenos vecinos...

VOCEADOR SEGUNDO

Dormid en paz. (Aléjanse.)

SEMPRONIO

Escucha, escucha, ¿oyes, Parmeno? A malas andan: muertos somos. Bota presto, hecha hacia casa de Celestina. (Huyendo por la callejuela de la derecha.)

PARMENO (siguiendo á Sempronio)

Huye, huye, que corres poco. ¡Oh, pecador de mí! Si nos han de alcanzar, deja broquel y todo.

SEMPRONIO

¿Si han muerto á nuestro amo?

PARMENO

No sé, no me digas nada: corre y calla, que el menor cuidado mío es ese.

SEMPRONIO (volviendo sobre sus pasos)

Ce, ce, Parmeno, ¡Parmeno!, torna callando, que no es sino la gente del Alguacil que pasaba por la otra calle.

MELIBEA

¿Qué es eso que en la calle suena? Parece voces de gentes que van en huída. ¡Por Dios, mírate, que estás á peligro!

CALISTO

No temas, que á buen recaudo vengo; los míos deben ser; huiráles alguno.

(Gentes con hachas encendidas, que escoltan á los portantes de una litera, atraviesan por el fondo de la callejuela de la derecha.)

PARMENO (á Calisto)

Señor, señor, quítate presto dende, que viene mucha gente con hachas, y serás visto y conocido.

CALISTO

¡Oh, mezquino yo, y cómo me es forzado, señora, partirme de ti! El temor de la muerte no obrara tanto como el de tu honra. Pues que así es, los ángeles queden con tu presencia; mi venida será, como ordenaste, por el huerto.

MELIBEA

Así sea, y vaya Dios contigo. (Aparte.) ¡Por siempre te espere apercibida del goce con que quedo, esperando las venideras noches! (Cierra la reja.)

CALISTO (á los criados)

Debemos ir callando. Vamos á reposar.

PARMENO (aparte á Sempronio)

¿A dónde iremos, Sempronio?

SEMPRONIO (aparte á Parmeno)

Vete donde quisieres. Antes que venga el día quiero yo ir á Celestina á cobrar mi parte de la cadena.

PARMENO (aparte á Sempronio)

Dices bien. Vámonos entrambos.

CALISTO (aparte)

¡Oh noche de mi descanso, si fueses ya tornada! ¡Oh luciente Febo, date priesa á tu acostumbrado camino! ¡Oh deleitosas estrellas, aparecéos ante de la continuada orden!... Todo se rige con un freno igual; todo se mueve con igual espuela: cielo, tierra, mar, fuego, viento, calor, frío. ¿Qué me aprovecha á mí que dé horas el reloj si no las ha dado el del cielo y no amanece más aína? Tú que puedes, me acorre, dulce memoria; trae á mi fantasía aquella imagen: vuelve á mis oídos el suave son de sus palabras, aquellos desvíos sin gana, aquellos besos azucarados, aquella salutación final con

que se me despidió; ¡con cuánta pena salió por su boca!, ¡con cuántos desperezos!, ¡con cuántas lágrimas, que sin sentir se le caían de aquellos claros y resplandecientes ojos!

(Vase por una de las callejuelas del fondo seguido de Sempronio y Parmeno, que han dado muestras de impaciencia durante el monólogo de Calisto.)

CUADRO SEGUNDO

Habitación de planta baja en casa de Celestina. Una escalerilla de caracol conduce á las cámaras superiores. Puerta al fondo con un ventanillo. Ventanas. Una mesa y un armario con vajilla resquebrajada. Alambiques, redomillas, barrilejos de barro, de vidrio, de estaño. Cueros para adelgazar, hierbas y raíces colgadas del techo. En el tabladillo de una cajuela, hilos de seda encerados, raíces escogidas, cebollas, etc., huesos, cabezas disecadas de animales, trozos de soga de ahorcado, etc., etc.

ESCENA III

CELESTINA, SEMPRONIO y PARMENO, y luego ELICIA y AREUSA.

SEMPRONIO (desde fuera llamando á la puerta)

Señora Celestina, ábrenos.

CELESTINA (asomándose á la ventana)

¿Quién llama?

SEMPRONIO

Abre, que son tus hijos.

PARMENO

Ábrenos á Parmeno y á Sempronio, que nos venimos acá á cenar contigo.

CELESTINA (abriendo la puerta)

¡Oh locos traviesos! Entrad, entrad. ¡Mochachas (llamando á Elicia y á Areusa), mochachas bobas, andad acá abajo, presto; que están aquí dos hombres que me quieren forzar. (Elicia y Areusa bajan por la escalerilla de caracol.)

ELICIA (airada)

Mas nunca vinieran: há tres horas que está aquí mi prima...

SEMPRONIO

Calla, calla, mi señora; calla, mi vida. Quien á otro sirve no es libre. Sujeción me relieva de culpa... Asentémonos á cenar.

ELICIA (preparando la mesa, ayudada por Areusa)

Así; para asentar á comer muy diligente: á mesa puesta con tus manos lavadas y poca vergüenza.

SEMPRONIO

Después reñiremos; comamos agora. Asiéntate, madre Celestina, tú primero.

CELESTINA

Asentaos vosotros, que harto lugar hay para todos. Cada uno cabe la suya. (Elicia con Sempronio á la derecha de Celestina; Areusa y Parmeno á la izquierda.) Yo, que estoy sola, porné cabe mí este jarro y taza.

TODOS

Quien la miel trata, siempre se le apega della.

CELESTINA (alzando la taza)

Esto quita la tristeza del corazón, más que el oro y el coral; esto da esfuerzo al mozo, y al viejo fuerza; pone color al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia; conforta los celebros, saca el frío del estómago, hace potentes los fríos... Más propiedades diría, que todos tenéis cabello; así que no sé quien no se goce en mentarlo.

SEMPRONIO

Tía señora, á todos nos sabe bien buen vino escanciar comiendo y hablando, para entender en los amores deste perdido de nuestro amo, y de aquella graciosa y gentil Melibea.

ELICIA (celosa y airada se levanta de la mesa rompiendo tazas y platos).

Apártateme allá, desabrido, enojoso. Mal provecho te haga lo que comes. ¡Llamar gentil á Melibea, que si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae! Por mi vida, que no lo digo por alabarme; mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREUSA

¡No la has visto como yo! Dios me lo demande, si en ayunas la topases, si aquel día pudieses comer de asco.

SEMPRONIO

Hermana, paréceme aquí que cada buhonero alaba sus agujas; que lo contrario deso se suena por la ciudad,

AREUSA

Ninguna cosa es más lejos de la verdad que la vulgar opinión.

SEMPRONIO

El vulgo no perdona las tachas, y si alguna tuviese Melibea, ya sería descubierta. Calisto es caballero; Melibea hijodalgo; así que, los nacidos por linaje búscanse unos á otros.

AREUSA

Ruin sea quien por ruin se tiene; las obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva.

CELESTINA (poniendo paz)

Hijos, hijos, por mi vida, que cesen esas razones de enojo; y tú, Elicia, que te tornes á la mesa...

ELICIA

Con tal de que mala pro me hiciese. ¿Había yo de comer con ese malvado, que en mi cara me ha porfiado que es más gentil su andrajo de Melibea que yo?

SEMPRONIO

Calla, mi vida, que tú la comparaste; tú te tienes la culpa, y no yo.

AREUSA

Ven, no hagas agora ese placer á estos locos porfiados: si no, levantarme he yo de la mesa.

ELICIA

Necesidad de complacerte me hace contentar á ese enemigo mío y usar de virtud con todos. (Vuelve á sentarse.)

SEMPRONIO (riendo)

¡He, he, he!

ELICIA (amenazando á Sempronio)

¿De qué te ríes? De mal cáncer sea comida esa boca desgraciada y enojosa.

CELESTINA

No le respondas, hijo, sino nunca acabaremos. Entendámonos en lo que hace á nuestro caso. Decidme, hijos, decidme: ¿qué habéis hecho?, ¿qué os ha pasado?, ¿despidióse la esperanza de Calisto ó vive todavía con ella, ó cómo queda?

SEMPRONIO

¿Cómo, madre? Si por nosotros no fuera, ya anduviera su alma buscando posada para siempre.

CELESTINA

¡Jesú! ¿Qué?, ¿en tanta afrenta os habéis visto?

SEMPRONIO (con aire valentón)

La sangre me hierve en tornarlo á pensar.

CELESTINA

Reposa, por Dios.

PARMENO

Mi gloria sería hallar agora en quién vengar la ira,

pues no pude en los que nos la causaron por su mucho huir.

SEMPRONIO

Vengo, sí, desesperado. Traigo todas las armas despedazadas, que no tengo con qué salir con mi amo, cuando menester me haya, que queda concertado de ir esta noche que viene á verse por el huerto. ¿Comprarlo de nuevo? No mando un maravedí, aunque caiga muerto.

CELESTINA

Pídelo á tu amo, pues en su servicio se gastó y quebró.

SEMPRONIO

¡Ah! Trae también Parmeno perdidas las suyas: en armas se nos irá la hacienda (con mofa). ¿Cómo quieres que le sea importuno en pedirle más? Diónos las cien monedas, diónos después la cadena... A tales aguijones no terná cera en el oído...

CELESTINA

¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que hacer tu galardón con mi salario? ¿Soy yo obligada á soldar vuestras armas, á cumplir vuestras faltas? (Aparte.) ¡Gracioso es el asno! (Alto). Di á esa loca de Elicia, como vine de la plaza, la cadenilla que traje para que se holgare con ella, y no se puede acordar dó la puso: temo no la hayan llevado, diciendo, si me viste, burléme, *et cœtera, et cœtera, et cœtera* (con mofa). Así que, hijos, agora quiero hablar con entrambos: si algo vuestro amo

á mí me dió, debéis mirar que es mío, que de tu jubón de brocado no te pedí yo parte ni la quiero...

SEMPRONIO

¡Cuánto en los viejos reina este vicio de codicia!

CELESTINA

Aun con todo lo que he dicho, no os despidáis, si mi cadena parece, de sendos pares de calzas de grana...

SEMPRONIO

¡Quién la oyó á esta vieja decir que me llevase yo todo el provecho, si quisiese, deste negocio!

PARMENO

Déte lo que prometió ó tómaselo todo. Harto te decía yo quién era esta vieja, si tú me creyeras...

CELESTINA

Si mucho enojo traéis con vosotros ó con vuestro amo, no lo quebréis en mí.

ELICIA

Movéisle estas amenazas de dinero pensando que nos tiene á vuestra vida atadas sin quereros buscar otras.

AREUSA

Ponéisle estos temores de la partición, y quien ésta os supo acarrear, os dará otras diez.

PARMENO (á Celestina)

No entremetas burlas á nuestra demanda,

SEMPRONIO (á Celestina

No ando por lo que piensas. Danos las dos partes por cuenta de cuanto de Calisto has recibido, no quieras que se descubra quién tú eres.

CELESTINA

¿Quién soy yo, Sempronio? Vivo de mi oficio. Y tú, Parmeno, no pienses que soy tu captiva por saber los casos que nos acaecieron á mí y á la desdichada de tu madre...

PARMENO

No me hinches las narices con esas memorias, sino enviarte he con nuevas á ella.

CELESTINA

Elicia, Elicia, daca mi manto, que por los santos de Dios para aquella justicia me vaya bramando como una loca. ¿Qué es esto?, ¿tales amenazas en mi casa? ¡Con una vieja de sesenta años tenéis vosotros manos y braveza! Allá, allá, con los hombres como vosotros mostrad vuestras iras, no contra mi flaca rueca...

SEMPRONIO

¡Oh vieja avarienta, muerta de sed por dinero! ¿No serás contenta con la tercia parte de lo ganado?

CELESTINA

¿Qué tercia parte? Vete con Dios de mi casa, tú y esotro: no me hagáis salir de seso.

ELICIA

No deis voces...

AREUSA

No allegue la vecindad...

SEMPRONIO

Tú cumplirás lo prometido ó cumplirás hoy tus días... (Saca la espada.)

ELICIA

¡Mete, por Dios, el espada!

AREUSA

Tenlo, Parmeno, no la mate ese desvariado.

CELESTINA

¡Justicia, justicia, vecinos, justicia: que me matan en mi casa estos rufianes!

SEMPRONIO

¿Rufianes? ¿Rufianes ó qué? Espera, doña hechicera, que yo te haré ir al infierno con cartas. (La hiere.)

CELESTINA

¡Ay, que me han muerto! ¡Ay, ay! ¡Confesión!

PARMENO

Dale, dale, acábala: de los enemigos los menos.

CELESTINA

¡Confesión! (Muere.)

ELICIA y AREUSA

¡Justicia, justicia! ¡Oh crueles enemigos!
(Salen por la puerta de la calle. Gentes del Alguacil corriendo.)

SEMPRONIO (atrancando la puerta)

Huye, huye, Parmeno, que carga mucha gente. Guarte, guarte, que viene el Alguacil.

PARMENO

¡Ay, pecador de mí!, que no hay por do huir, que está tomada la calle.

SEMPRONIO

Saltemos destas ventanas: no muramos en poder de justicia.

PARMENO

Salta tú, que tras ti voy. (Saltan por las ventanas).

CUADRO TERCERO

Gran plaza del Mercado. Una callejuela practicable al fondo.

ESCENA IV

ELICIA, AREUSA, vecinos, vendedoras y vendedores del Mercado, gran muchedumbre de gentes corriendo espantadas en todas direcciones.

GRUPO DE HOMBRES Y MUJERES al extremo de la callejuela

¡Qué grita suena en el mercado! ¿Qué es esto?

UN VECINO, abriendo la puerta de una tienda

Alguna justicia se hace ó madrugaron á correr toros...

OTRO VECINO, desde una ventana

No sé qué diga de tan grandes voces.

ELICIA y AREUSA, acercándose desde el extremo de la callejuela, rodeadas de gente

¡Justicia, justicia! ¡Oh crueles enemigos! ¿Para quién tuvisteis manos?

UN GRUPO DE MUJERES (dirigiéndose á Elicia y Areusa)

¡Ay tristes! ¿Qué nos tenéis suspensas?

ELICIA y AREUSA

¡Celestina es muerta! Aquella que teníamos por madre ya está dando cuenta de sus obras.

HOMBRES y MUJERES

¡Oh desdichada de mujer!

ELICIA

¡Mil cuchilladas la vi dar á mis ojos!

AREUSA

¡En mi regazo me la mataron!

HOMBRES y MUJERES

¿Y los matadores, en qué paran? Nómbralos.

AREUSA

Parmeno, criado de Calisto infausto...

ELICIA

Sempronio, mi cruel enemigo...

ELICIA y AREUSA

Por huir de la justicia saltaron de las ventanas; casi muertos los han preso y sin más dilación los llevan al suplicio.

GRUPO DE HOMBRES Y MUJERES

¿Qué dice el pregón?

ESCENA V

Dichos, VERDUGO, PREGONEROS, ENCAPUCHADOS, NIÑOS DE LA HERMANDAD DE LA CARIDAD tañendo campanillas, FRAILES y gran tropel de gente rodeando á SEMPRONIO y PARMENO, que, maniatados y montados sobre asnos, visten hopa y coroza. Detiénense un momento al extremo de la callejuela, caminando hacia la plaza, mientras dos PREGONEROS dan los toques de pregón y el VERDUGO publica la justicia que se manda hacer.

VERDUGO (voceando)

Manda la justicia que mueran los violentos matadores.

NIÑOS DE LA HERMANDAD DE LA CARIDAD

Hagan bien por el alma de los matadores (tañen las campanillas).

FRAILES Y ENCAPUCHADOS

Facta est Judæa santificatio ejus: Israel potestas ejus.

(La comitiva fúnebre se acerca con paso lento.)

ESCENA VI

Dichos, TRISTÁN y SOSIA

OTRO TROPEL DE GENTES

Sosia, el mozo de espuelas, nos dirá qué es esto.

TRISTÁN (saliendo al encuentro de Sosia)

¿Qué es esto, Sosia?, ¿por qué lloras?, ¿de do vienes?

SOSIA (desgreñado)

¡Oh deshonra de la casa de nuestro amo!

TRISTAN

¿Qué es?, ¿qué has?

SOSIA

Sempronio y Parmeno...

TRISTÁN

¿Qué? ¡Me turbas!

SOSIA

Serán descabezados al extremo de la plaza...

TRISTÁN

¿Vístelos tú?

SOSIA

Sin sentido vienen... Hincaban los ojos en mí, alzando las sus manos al cielo, cada vez que oían el infamante pregón.

TRISTÁN y HOMBRES DEL PUEBLO

¿Qué fué la causa?, ¿á quién mataron?, ¿cómo se llamaba el muerto?

SOSIA

Celestina. ¡Celestina la encubridora!

TRISTÁN

¡Más mal que viste ni puedes pensar, si la vieja hechicera es la muerta!

SOSIA

Ella misma es: de muchas estocadas la vi llagada, tendida en su casa.

TRISTAN

De mano en mano anda la hacienda de Calisto y su nombre de lengua en lengua.

SOSIA (señalando á Elicia y Areusa)

Aquellas criadas de Celestina, dando voces y llorando la su muerte, van diciendo... Óyelas.

ELICIA y AREUSA

La mataron porque no quiso partir con ellos una cadena de oro y cien doblones, que Calisto dió á la mediadora de sus amores... ¡Oh, Calisto y Melibea, causadores de tantas muertes!...

TODOS

¡Mal fin hayan vuestros amores, oh Calisto y Melibea, causadores de tantas muertes!

(Durante este rápido diálogo, el cortejo fúnebre se abrirá paso por entre la apiñada multitud, alejándose, después, hacia un recodo de la plaza situado en el fondo de la escena. La muchedumbre arremolinada, que impedirá ver al Verdugo y al fúnebre cortejo de acompañantes, oirá espantada el último pregón, produciéndose, al terminar, un movimiento de terror y compasión.)

VERDUGO (al extremo de la plaza)

Manda la justicia que mueran los violentos matadores.

NIÑOS

Rueguen por el alma de los matadores (golpe de campanillas).

UN GRUPO DE GENTE

¡Ya no viven: ya no son en el mundo!

OTRO GRUPO

¡Sus ánimas están purgando su yerro!

TODOS (arrodillados)

Libres sus ánimas desta vida, ¡ay, tristes!, perdónelos Dios.

Acto cuarto

Jardín cercado en casa de PLEBERIO, y á la otra parte de la cerca ó tapia, bastante alta, una callejuela sombreada por los árboles del jardín. A la derecha del espectador, y en primer término, los ángulos de frente y lateral de una torre alta y ancha cuya azotea no se divisa. En el ángulo de frente, gran ventanal practicable y encima aspilleras abiertas en el muro. En el ángulo lateral, salida con escalinata que, desde la cámara de planta baja de MELIBEA, conduce al jardín. Asientos rústicos en el jardín, una fuentezuela en medio, altos cipreses y lujuriante vegetación de rosales, arrayán y enredaderas, etc. Al fondo, vistas á la ribera y á las barcas atracadas á orillas del río. Efectos variados de luna entre celajes que ocultan ó abrillantan, por momentos, su resplandor.

ESCENA PRIMERA

CALISTO, TRISTÁN y SOSIA llegando por la callejuela; después MELIBEA y LUCRECIA, saliendo de la cámara de aquélla al jardín.

CALISTO

¡Oh Tristanico, oh Sosia, discretos mancebos!

TRISTÁN (á Sosia)

Muy quedo por que no seamos sentidos.

CALISTO

Venid conmigo este tan esperado camino. Poned las escalas, que son altas las paredes.

(Ponen las escalas.)

(Aparte.) Más me va en conseguir la ganancia de la

gloria que espero que en la pérdida de morir los que murieron. Agora ó en otro tiempo de pagar habían... Mañana haré que vengo de fuera; si pudiere, vengaré estas muertes; si no, purgaré mi inocencia con mi fingida ausencia, ó me fingiré loco, por mejor gozar deste sabroso deleite de mis amores... (Alto.) Callad, que me parece que está hablando mi señora. Subiré encima de la pared, por ver si oyere alguna buena señal de mi amor en ausencia.

(Sube escuchando el habla y canto de Melibea y Lucrecia, que momentos antes han ocupado un banco del jardín.)

MELIBEA

Canta más, por mi vida, Lucrecia, que me huelgo en oirte, mientras viene aquel señor. Canta más, Lucrecia.

LUCRECIA (canta al son de un laúd)

¡Oh, quién fuese la hortelana
De aquestas viciosas flores,
Por prender cada mañana
Al partir á tus amores!
Vístanse nuevas colores
Los lirios y el azucena;
Derramen frescos olores,
Cuando entre por estrena.

MELIBEA

¡Oh, cuán dulce me es oirte! De gozo me deshago; no ceses, por mi amor.

(Reclina su cabeza sobre el hombro de Lucrecia, que prosigue su canto, abandonando el laúd, como si velase el dulce adormecimiento de su ama.)

LUCRECIA

Alegre es la fuente clara
A quien con gran sed la vea;
Mas muy más dulce es la cara
De Calisto á Melibea.
Pues aunque más noche sea,
Con su vista gozará.
¡Oh, cuando saltar le vea,
Qué de abrazos le dará!
Saltos de gozo infinitos
Da el lobo, viendo ganado;
Con las tetas los cabritos:
Melibea con su amado.
Nunca fué más deseado
Amador de la su amiga,
Ni huerto más visitado,
Ni noche más sin fatiga.

MELIBEA

Cuanto dices, amiga Lucrecia, se me representa delante. Procede, que á muy buen son lo dices, y ayudarte he.

MELIBEA y LUCRECIA

Dulces árboles sombrosos,
Humillaos cuando veáis
Aquellos ojos graciosos
Del que tanto deseáis.
Estrellas que relumbráis,

Norte y lucero del día,
¿Por qué no le despertáis
Si aun duerme mi alegría?

MELIBEA

Óyeme tú, por mi vida, que yo quiero cantar sola.

Papagayos, ruiseñores,
Que cantáis al alborada (1),
Llevad nueva á mis amores
Como espero aquí asentada.
La media noche es pasada,
Y no viene:
Sabedme si otra amada
Lo detiene.

CALISTO

¡Arrobado me tiene el dulzor de tu canto: no puedo más sufrir tu penado esperar, oh mi señora y mi bien todo! ¡Oh salteada melodía! ¡Oh gozoso rato! ¡Oh corazón mío! ¿Y cómo no pudiste más tiempo sufrir sin interromper por tu gozo y cumplir el deseo de entrambos?

MELIBEA

¡Oh sabrosa traición! ¡Oh dulce sobresalto! ¿Es mi señor y mi alma? ¿Es él? ¡No lo puedo creer! ¿Dónde

(1) El Coro, invisible, colocado en el fondo del proscenio, y cantando á boca cerrada, interviene, desde este momento y á intervalos, como elemento puramente sonoro destinado á realzar con prestigios vocales, ora voluptuosos, ora dramáticos y fúnebres, los diferentes episodios y marcha de la acción,

estabas, luciente sol? ¿Dónde me tenías tu claridad escondida? ¿Había rato que escuchabas? ¿Por qué me dejabas echar palabras sin seso al aire, con mi ronca voz de cisne? Todo se goza este huerto, con tu venida. Mira la luna cuán clara se nos muestra: las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua de esta fontecica, ¡cuánto más suave murmurio lleva por entre las frescas hierbas! (Voces lejanas, formando ecos al canto de Melibea y á los prestigios de la noche.) Escucha los altos cipreses, ¡cómo se dan paz unos ramos con otros por intercesión de un templadico viento que los menea! Mira sus quietas sombras, ¡cuán escuras están y aparejadas para encubrir nuestro deleite! Lucrecia, ¡qué sientes, amiga? ¿Tornaste loca de placer? Déjamelo (á Lucrecia viendo que quita la capa y desarma de la espada y las corazas á Calisto), no me lo despedaces: déjame gozar de lo que es mío, no me ocupes mi placer...

CALISTO

Pues, mi señora y gloria mía, si mi vida quieres, no cese tu suave canto...

MELIBEA

¿Qué quieres que cante, amor mío? ¿Cómo cantaré, que tu deseo era el que regía y hacía sonar mi canto? Pues seguida tu venida, desapareció el deseo, destemplóse el tono de mi voz. Y pues tú, señor, eres el dechado de cortesía y buena crianza, ¿cómo mandas á mi lengua hablar, y no á tus labios que estén quedos? ¿Por qué no olvidas estas mañas? Mándales estar sose-

gados y dejar su enojoso uso y conversación incomportable... Angel mío, ¿quieres?...

CALISTO

Tener tu cuerpo y belleza en mi poder, lo no vendible, lo que en toda la tierra no hay igual que en este huerto. ¿Cómo mandas, señora, que se me pase ningún momento que no goce?

LUCRECIA (aparte)

Ya me duele de escuchar, y no á ellos de hablar, ni los brazos de retozar, ni las bocas de besar... ¿Vida es ésta? ¡Que me esté yo deshaciendo de dentera! Mala landre me mate, si más los escucho.

CALISTO

Jamás querría, señora, que amaneciese, según la gloria y descanso que mi sentido recibe de la noble conversación de tus delicados miembros.

MELIBEA

Señor, yo soy la que gozo, la que gano; tú, señor, el que me haces incomparable merced...

SOSIA (á unos bellacos que pasan voceando por la callejuela buscando camorra)

¿Así, bellacos, veníades á asombrar á los que no os temen? ¡Rufianes!...

CALISTO (escuchando)

Sosia es que da voces. Déjame ir á valerle, no lo maten, que no está sino un pajecico con él. Dame presto mi capa..,

MELIBEA

¡Oh! No vayas allá sin tus corazas: tórnate á armar.

SOSIA

¿Aun tornáis? Esperad...

CALISTO

Déjame por Dios, señora, que puesta está el escala.

(Sube, desprendiéndose de los brazos de Melibea.)

MELIBEA

¡Oh, desdichada yo! ¿Y cómo vas con tanta priesa, desarmado? Lucrecia, ven presto acá, que es ido Calisto... Echémosle sus corazas...

TRISTÁN

Tente, señor, no bajes, idos son... Tente con las manos al escala...

CALISTO (cae de la escala)

¡Oh, válame santa María! ¡Muerto soy!! (Muere.)

TRISTÁN

Llégate presto, Sosia, que el triste de nuestro amo es caído... y no habla.

SOSIA

¡Muerto es! ¡Oh gran desventura!

LUCRECIA

Escucha, escucha, ¡gran mal es éste!

MELIBEA

¿Qué es esto?, ¿qué oigo?

TRISTÁN (llorando)

¡Mi señor muerto, despeñado!

MELIBEA

¡Oh! ¿Qué es esto? Ayúdame á subir, Lucrecia, por estas paredes, veré mi dolor; sino hundiré con alaridos la casa de mis padres. (Forcejeando arrimada á la pared y arañándola, loca de dolor.)

LUCRECIA

Tristán, ¿qué dices que lloras tan sin mesura?

TRISTÁN

¡Cayó mi señor, y es muerto! Díselo á la triste amiga, que no espere más su penado amador. (A Sosia.) Toma tú, Sosia, desos pies; llevemos el cuerpo de nuestro amo donde no padezca su honra.

(Cubren con una capa el cuerpo de Calisto y se lo llevan.)

MELIBEA (aterrada)

¡Oh la más de las tristes triste! ¡Tan poco tiempo poseído el placer, tan presto venido el dolor!

LUCRECIA

Señora, no rasgues tu cara ni meses tus cabellos. Levántate, por Dios, no seas hallada de tu padre en tan sospechoso lugar...

MELIBEA

¿Oyes lo que aquellos mozos van hablando? Muerta llevan mi alegría. No es tiempo de vivir. ¿Cómo no gocé más del gozo?

LUCRECIA

Señora, señora, ¿no me oyes? No te amortezcas, por Dios. Avívate, aviva. Entremos en la cámara. Llamaré á tu padre y fingiremos otro mal. ¡Señor!

(Entra en la cámara de Melibea y llama á la puerta de la estancia de Pleberio. Melibea, insensible, permanece en el jardín. Alborea el día.)

ESCENA II

MELIBEA, LUCRECIA y PLEBERIO

PLEBERIO (de dentro)

¿Qué quieres, Lucrecia?, ¿qué es lo que mi hija ha sentido?

LUCRECIA (de dentro)

¡Señor, apresúrate mucho si la quieres ver viva!

PLEBERIO (de dentro)

Vamos presto; anda allá; alza esa antepuerta (de la cámara suya que da á la de Melibea) y abre bien esa ventana (la de la cámara de Melibea). ¿Qué es esto (saliendo al jardín), hija mía?

MELIBEA

¡Ay dolor!

PLEBERIO

Esfuerza, aviva tu corazón... Tu madre está sin seso en oir tu mal... Dime, alma mía, la causa de tu sentimiento.

MELIBEA

Pereció mi remedio.

PLEBERIO

¡Hija mía, bien amada del viejo padre! Si me cuentas tu mal, luego será remediado. Dime, ¿qué sientes?

MELIBEA

Una mortal llaga en el corazón, que no me consiente hablar. No es igual á los otros males: está en lo más secreto dél.

PLEBERIO

Levántate: vamos á ver los frescos aires de la ribera, y alegrarte has con tu madre; descansará tu pena...

MELIBEA

Vamos donde mandares; subamos, señor, á la azotea alta, porque desde allí goce de la deleitosa vista de los navíos...

PLEBERIO

Subamos, y Lucrecia con nosotros.

MELIBEA

Si á ti place, padre mío, manda traer algún instrumento de cuerdas con que se sufra mi dolor, cantando ó tañendo.

(Melibea y Lucrecia se dirigen hacia la cámara.)

PLEBERIO

Eso, hija mía, luego es hecho; yo lo voy á mandar aparejar. (Vase tras Melibea y Lucrecia.)

(Transfórmase la escena á la vista del espectador, hundiéndose lentamente en el foso del escenario toda la decoración anterior, de modo que tan sólo aparezcan la ancha plataforma almenada de la

azotea, las copas de los cipreses y árboles más altos y, á lo lejos, toda la ribera del río, surcada por algunos barquichuelos con velas desplegadas.)

ESCENA III

MELIBEA y LUCRECIA (en la azotea de la torre)

MELIBEA

Lucrecia, amiga mía (movimiento de terror asomándose á las almenas de la azotea), muy alto es esto. Ya me pesa por dejar la compañía de mi padre; baja á él y dile que se pare al pie de la torre, que le quiero decir una palabra.

LUCRECIA

Ya voy, señora. (Baja de la torre.)

ESCENA ÚLTIMA

MELIBEA sola, después PLEBERIO

De todos soy dejada; bien se ha enderezado la manera de mi morir: algún alivio siento en ver que tan presto seremos juntos yo y aquel mi amado Calisto. Quiero cerrar la puerta (cierra la de la azotea con gran ruido de cerrojos), porque ninguno suba á me estorbar mi muerte. No me atajen el camino, por el cual en breve tiempo podré visitar en este día al que me visitó la pasada noche. Todo se ha hecho á mi voluntad... No es más en mi mano, ni he fuerza para resistir. (Arrodillándose.) Tú, Señor, que de mi habla eres testigo, ves mi poco poder; ¡cuán captiva tengo mi libertad, cuán presos mis sentimientos de tan poderoso amor del muerto caballero, que priva al que tengo con los vivos padres!

PLEBERIO (invisible á los ojos del espectador)

Hija Melibea, ¿qué haces sola?, ¿qué es tu voluntad decirme?, ¿quieres que suba allá?

MELIBEA

Padre mío... mi fin es llegado... No habrás menester instrumentos para aplacar mi dolor, sino campanas para sepultar mi cuerpo... Si me escuchas sin lágrimas, oirás la causa desesperada de mi forzada y alegre partida; si no, quedarás más quejoso en no saber por qué me mato, que doloroso por verme muerta. Ninguna cosa me preguntes, ni respondas... Oye, padre mío, mis últimas palabras, y si como yo espero las recibes, no culparás mi yerro. (Pausa.)

Bien ves y oyes este triste y doloroso sentimiento que toda la ciudad hace (Óyese fúnebre toque de campanas y todo lo demás que indica el texto); bien oiste este clamor de campanas, este alarido de gentes, este estrépito de armas: de todo esto soy yo causa. Espantado con el son de mis no acostumbrados delitos, te quiero más aclarar el hecho... Muchos días son pasados, padre mío, que penaba por amor de Calisto... Vencida de su amor, dile entrada en tu casa... Deleitoso yerro de amor gozamos... y como esta pasada noche viniese... cortaron las hadas sus hilos; cortáronle su vida, cortaron mi esperanza, cortaron mi gloria, mi alegría. ¿Qué crueldad sería, padre mío, muriendo él despeñado, que viviese yo penada? Su muerte convida á la mía, y así contentarle he en la muerte, pues no tuve tiempo en la vida...

¡Oh, mi amor y señor Calisto! Espérame, ya voy; detente si me esperas; no me incuses la tardanza que hago, dando esta última cuenta á mi viejo padre...

PLEBERIO

¡Oh, mi hija y mi bien todo!

MELIBEA

¡Oh, padre mío muy amado! Ruégote, si amor me has tenido en esta pasada y penosa vida, que sean juntas nuestras sepulturas: juntas nos hagan nuestras obsequias...

PLEBERIO

¡Oh, duro corazón de padre! ¿Cómo no te quiebras de dolor? ¡Oh tierra dura!, ¿cómo me sostienes?

MELIBEA

Toma, padre amado, los dones de tu vejez; recibe las arras de tu senectud; recibe allá tu amada hija... Gran dolor llevo de mí, mayor de ti, muy mayor de mi madre... Dios quede contigo y con ella; á Él ofrezco mi ánima: pon tú en cobro este cuerpo que allá baja...

(**Se arroja de la torre. Terror de Pleberio. Telón rápido.**)

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA,
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRÁFICO
DE SALVAT Y C.ª, S. EN C.,
EL DÍA 30 DE JUNIO
DE 1903

PUNTOS DE VENTA

BARCELONA.—*Sindicato Musical Barcelonés Dotesio*, Puerta del Angel, 1 y 3; Rambla de San José, 29, y principales librerías.

MADRID. — *Casa Dotesio*, Carrera de San Jerónimo, 34, y Preciados, 5.

BILBAO.— *Casa Dotesio*, D.ª María Muñoz, 8.

Precio: Una peseta.